

Educadores para la paz

La educación es un proceso que permite a cada persona dirigir con sentido su propia vida. De ahí que educar sea siempre más que instruir, más que informar, más que la simple transmisión de técnicas y saberes. Educar es cultivar la imaginación y la sensibilidad, despertar el fantástico potencial creador distintivo de la condición humana. Facilitar el desarrollo de lo que Goethe llamaba “la facultad primordial del hombre: la fantasía”. Y no sólo de los jóvenes y de los niños, sino que es un proceso que ha de estar permanentemente abierto a todos, a lo largo de toda la vida.

“Conócete a ti mismo”, era el precepto que Sócrates repetía a sus discípulos. En la medida en que cada ser humano tenga un “sí mismo”, una vida espiritual propia y diferenciada, podrá desarrollar gustos y criterios auténticos, será libre. Por eso la educación es la herramienta más poderosa de la democracia. La(s) sociedad(es) del siglo XXI no son estructuras locales, cerradas y estáticas, sino que configuran un sistema global, abierto y en continua evolución, movido por el ritmo trepidante que le impone el progreso de las comunicaciones y la aceleración de los intercambios de todo tipo y de las tendencias culturales y sociales. Estos cambios que han alterado los tejidos familiares, sociales y políticos de tal modo que el ciudadano del siglo XXI no tiene ya los mismos marcos de pertenencia: país, raza, religión, género... que conocieron las generaciones anteriores.

Aunque el carácter impositivo fuera definitorio en los orígenes de la docencia, mal podría conciliarse hoy educación con docilidad o sometimiento a una autoridad u opinión ajena. En esta época, educar ha llegado a ser casi lo opuesto: forjar el carácter y la mente de un ser humano

y dotarlo de autonomía suficiente para que alcance a razonar y decidir con la mayor libertad. Es lo que a mí me gusta referir como “soberanía personal”. Ni la libertad ni el desarrollo son posibles sin recursos humanos; no hay progreso, equidad o estabilidad institucional sin ciudadanos cualificados y responsables, sin hombres y mujeres dotados de esa “soberanía personal” que constituye la base de la libertad de los pueblos. Para la adquisición de la “soberanía personal”, de la independencia y libertad – que en esto consiste la educación – es indispensable despertar y desarrollar desde la infancia este inmenso potencial propio, en exclusividad, de los seres humanos.

La condición **sine qua non** para que ese futuro llegue a ser luminosa realidad, es **la educación permanente para todos**. Porque la educación contribuye decisivamente a mejorar las condiciones de vida y a frenar el radicalismo y la violencia, que tienen en la miseria y la exclusión su mejor caldo de cultivo.

Al abordar cualquier reflexión sobre la educación, es necesario hacer un replanteamiento completo del concepto de cultura, íntimamente ligado al de educación. La mejor manera de defender la identidad cultural es la interacción con otras culturas. Hoy ya no es posible vivir aislados. Estamos expuestos a múltiples influencias de todo tipo. La intemperie es buena. Las ventanas y la mente abiertas, sabiendo que nadie tiene mérito por haber nacido en un lugar determinado, hombre o mujer, blanco o negro. Y, por tanto, no podemos vanagloriarnos de lo que no elegimos. El mérito estriba en lo que se hace, no en quien o cómo se nace.

La educación plena y verdadera sólo será posible en un clima de **libertad, de respeto de los derechos humanos, de participación cívica**

El futuro de la especie humana depende en gran medida del éxito de la tarea de poner la educación al alcance de la gran mayoría. Decía Víctor Hugo que “el porvenir está en las manos del maestro de escuela”. Sólo dando a la educación la prioridad absoluta que merece, lograremos transmitir los valores universales que son el sustrato y el vínculo de la infinita diversidad cultural de la especie humana. La educación permanente para todos es, pues, el instrumento idóneo para reducir las asimetrías y las injusticias que, tanto en el ámbito internacional como en el intranacional, constituyen la raíz misma de los conflictos y la violencia.

Es necesario contribuir a una gran movilización en favor de la transición de una cultura de violencia, imposición y guerra, a una cultura de comprensión, de diálogo y de paz.

El empeño de forjar una cultura de paz, en la cual el comportamiento cotidiano refleje los valores cívicos de tolerancia y amor al prójimo, pasa por un incremento sustancial de los recursos destinados a la educación. Sólo así podremos transmitir los valores, orientar las actitudes y elaborar los dispositivos jurídicos capaces de sustituir con ventaja a los obsoletos andamiajes de la cultura bélica, que todavía se mantienen en pie, a veces por rutina, a veces por cobardía. El tránsito de una cultura de guerra a una cultura de paz implica un cambio radical de comportamientos y hábitos.

Si quieres la paz, ayuda a construirla cada día. La paz como comportamiento cotidiano.

El mejor antídoto contra la guerra y la violencia, la educación. La educación que libera, que confiere esta “soberanía personal” que permite a cada persona dirigir con sentido su propia vida, que elabora sus propias respuestas y no actúa al dictado del inmenso poder mediático que hoy uniformiza y gregariza tantas conductas. Educación para no guardar silencio, para exigir una gobernanza guiada por valores universales y no por las veleidades del mercado. Que nadie espere la paz si no ayuda a corregir las causas de la guerra, si no contribuye, las manos y las voces unidas, a proclamar la radical igualdad y dignidad de todos los seres humanos, según establece el artículo 1º de la Declaración de Derechos Humanos.

Sólo a través de la educación, la ciencia y la cultura, se pueden originar conductas, actitudes y hábitos de conciliación, diálogo y tolerancia. Para construir cada día, ladrillo a ladrillo, la paz.

A veces, ante la magnitud de las necesidades y la precariedad de los medios, nos sentimos abrumados y nos invade la tentación de desistir. Tenemos entonces que recordar la voz serena de la Madre Teresa de Calcuta, que posee toda la fuerza de su portentoso ejemplo: “Sí: sois como una gota en el océano. Pero si esta gota no existiera, si esta gota se retirara, el océano la echaría de menos”.

Buena parte de los problemas y desafíos presentes proceden de carencias en la comunicación e interacción, fundamentos del proceso educativo, y hubieran podido evitarse o mitigarse si los ciudadanos tuvieran una visión global - ciudadanos del mundo – y supieran argüir en favor de sus propias posiciones y puntos de vista. La facultad distintiva de la especie humana es

la creatividad, es la desmesura biológica que representa reflexionar, inventar, imaginar, anticiparse, innovar.

La educación es un medio poderosísimo para el descubrimiento y consolidación de nuestra identidad, de nuestra diversidad infinita pero también de nuestro destino común, para afianzar los fundamentos del espíritu, en momentos en que las brújulas intelectuales y morales son más apremiantes que nunca.

Llenemos de educación en valores tantos espacios ocupados hoy por los indeseables huéspedes de la confusión, la violencia, el sometimiento, la indiferencia; la educación como luminoso e iluminado camino hacia la paz, la emancipación de los seres humanos, el desprendimiento y la solidaridad.

Lo que hoy vivimos –y viviremos sin duda en mayor grado en el futuro- es la búsqueda angustiada de razones para vivir y no sólo de medios para vivir. Y esta búsqueda necesita la sinergia de la emergencia de una nueva cultura “que vaya más allá de reformas institucionales de la democracia para llegar a encontrar, en el corazón de los ciudadanos, los valores susceptibles de enraizarla definitivamente”.

Ante el espectacular y trágico fracaso del espíritu, es imprescindible enderezar el curso actual de los acontecimientos, rectificar el rumbo, facilitar el tránsito desde una cultura de violencia a una cultura de paz y de entendimiento.